
La revalorización de la antigüedad prehispánica por parte de autores mexicanos y las obras americanistas de Pedro José Márquez (1741-1820)

ANTONELLA ROMANI

En la segunda mitad del siglo XVIII se fue desarrollando en la Nueva España todo un proceso de cambios sociales, económicos y políticos que concretaron el ascenso de la rica e instruida burguesía criolla y prepararon los movimientos de independencia de las naciones hispanoamericanas. Las ideas de la Ilustración y los principios políticos y económicos del liberalismo orientaron de alguna forma el conflicto con el gobierno español y contribuyeron a crear la nueva identidad histórica y cultural de México. A finales del siglo XVIII se registra también cierto interés por las investigaciones y por la reconstrucción de la historia precolombina de México, a fin de asignar nuevos valores al pasado indígena y disociarse del sistema colonial de una forma no exclusivamente política, sino también histórica y cultural. Igual que en otros países, también en México,

las circunstancias históricas e ideológicas, así como la búsqueda de valores nacionales, estimularon el interés por lo antiguo y lo arqueológico.¹ Importantes avances en el descubrimiento del arte precolombino en México se realizaron al mismo tiempo que la formación de una nueva conciencia histórica nacional. Como se verá a lo largo del presente trabajo, no hay duda de que una interesante aportación al conocimiento de las culturas prehispánicas se debe al grupo de los jesuitas mexicanos exiliados en Italia, que defendiendo a América de los ataques de algunos ilustrados europeos de la época, impulsaron la arqueología americanista, al mismo tiempo que contribuyeron a la formación de una nueva identidad histórica de México.

Aparte de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y de Carlos de Sigüenza y Góngora, ningún otro autor mexicano, antes del final del siglo XVIII, había demostrado algún interés histórico-arqueológico y menos aún artístico hacia el mundo precolombino. Algunos autores nativos de México habían redactado crónicas y cronologías de la historia antigua del país, como es el caso de la *Crónica Mexicana* escrita por Her-

nando Alvarado Tezozómoc (1520-1598), pero estas obras se basaban en la recopilación ordenada de los acontecimientos, sin demostrar intereses históricos más amplios que incluyesen también los aspectos culturales, arqueológicos o artísticos de la época precolonial.

Descendiente del rey de Texcoco, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1578-1650) fue el primer historiador que reconstruyó las etapas finales del Imperio azteca y que enfocó la historia de la conquista española desde la perspectiva indígena, poniendo en el centro de los acontecimientos el Reino de Texcoco, la tierra de sus antepasados. Hombre de vasta cultura, Ixtlilxóchitl había sido alumno del Colegio Franciscano de Santa Cruz de Tlatelolco, y se había dedicado muy pronto al estudio de la lengua náhuatl, de los antiguos códices y de la historia del México precortesiano. A pesar de su sensibilidad intelectual y de la peculiar trayectoria de sus estudios, Ixtlilxóchitl nunca se alejó del marco cultural en el que se había formado, asumiendo de manera profunda los principios de la religión católica y aceptando totalmente el significado histórico de la conquista española en cuya dinámica, sin

ANTONELLA ROMANI: *Licenciada en Letras en la Universidad "La Sapienza" de Roma y Doctoranda en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.*

embargo, el se esforzó por considerar la función de los señores de Texcoco, es decir reconocer el papel histórico desempeñado por el componente indígena. Además de la intención de conmemorar la historia de Texcoco, de la obra de Ixtlilxóchitl se desprende un fuerte interés por ampliar los conocimientos sobre el México antiguo:

Desde mi adolescencia tuve siempre grande deseo de saber las cosas acacidas en este Nuevo Mundo, que no fueron menos que las de los Romanos, Griegos, Medos. . . aunque con la mudanza de los tiempos y caída de los Señores y Estados de mis pasados, quedaron sepultadas sus historias; por cuyas causas he conseguido mi deseo con mucho trabajo, peregrinación y suma diligencia en juntar las pinturas de las historias y anales, y los cantos. . . y sobre todo para poderlas entender. . . que por ir compuestos con sentido alegórico y adornados de metáforas y similitudes son difficilísimos de entender. . .²

Ixtlilxóchitl dedicó un gran número de páginas a los toltecas, a los que consideró los primeros pobladores de México, después de la mítica época de los Gigantes. En la obra de este autor los toltecas se identificaban con el primer grupo "civilizado", depositarios de las artes y de la sabiduría³ y merecedores de un detallado análisis histórico y cultural. Hacia ellos el historiador expresó palabras de sincera estimación:

Los Tultecas eran grandes arquitectos, carpinteros y otras artes mecánicas como plateros. . . eran pintores los mejores de la tierra. . . Estos Tultecas fueron grandes sabios, filósofos y artífices, como aparece en sus historias, porque entendían al curso de los cielos con mucha cuenta y razón. Usaban de pinturas y caracteres, con los cuales tenían pintadas todas las cosas sucedidas, desde la creación del mundo, hasta sus tiempos. . . edificaron las mejores ciudades que ha tenido el Nuevo Mundo. . . y finalmente, no ha habido esta tierra nación más política y sabia.⁴

En los escritos de Ixtlilxóchitl aparecen ya los elementos fundamentales del análisis cultural y artístico que los autores del siglo XVIII, y el jesuita José Pedro Márquez en especial, hicieron del México precortesiano. Entre todos estos elementos resalta la tendencia a comparar las civilizaciones del Mundo Antiguo con las de la Nueva España para identificar el mayor número de semejanzas. Además de esto destacan, en las pocas líneas citadas, todos aquellos elementos que se empezaban a considerar como verdaderos indicadores de civilización, es decir el interés por la arquitectura y por la astronomía, así como la costumbre de registrar la memoria histórica en manuscritos, códices y documentos de vario tipo.

Si aquí se menciona a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, se debe al hecho de que este autor dio los primeros pasos en la apreciación de las antigüedades mexicanas, pero aún más significativa fue la obra de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) quien representó un ejemplo sugerente para todos los historiadores posteriores. Se educó con los jesuitas y, siendo profesor de matemáticas y astronomía en la Real y Pontificia Universidad de México, fue de los primeros asertores del método experimental y del racionalismo cartesiano en la Nueva España. Sus intereses no fueron exclusivamente científicos: fue un hombre de vasta cultura y se dedicó también a la poesía y a los estudios históricos y geográficos. Se sabe que Sigüenza dejó veintiocho tomos manuscritos a la biblioteca del colegio jesuita de San Pedro y San Pablo, y que alrededor de 1760 sólo quedaban nueve u once tomos.⁵ Entre las obras de Sigüenza que se han perdido figura su *Historia de Nueva España*, pero aquí resulta de mayor interés la noticia de que él fue el primero

que reunió una colección de antigüedades y de manuscritos mexicanos, donada por el mismo Sigüenza y Góngora a la mencionada biblioteca de la Compañía de Jesús de México y lamentablemente perdida más tarde, cuando los jesuitas fueron expulsados del país.⁶ Los documentos de esta primera colección de antigüedades prehispánicas eran todavía accesibles durante la mitad del siglo XVIII cuando fueron consultados por el historiador Francisco Clavijero y el científico Antonio León y Gama, además de haber sido anteriormente utilizados y mencionados por el viajero italiano Francesco Gemelli Careri en 1697,⁷ y más tarde por Lorenzo Boturini Benaduci.

Una circunstancia significativa en la biografía de Sigüenza y Góngora fue indudablemente su proximidad con la familia Alva Ixtlilxóchitl, puesto que fue amigo de Juan de Alva Ixtlilxóchitl, hijo del historiador aquí mencionado y señor de la región de Teotihuacan. Sigüenza administró por un tiempo las propiedades de la antigua y noble familia, y pudo realizar en el famoso sitio de Teotihuacan las primeras excavaciones arqueológicas en América.⁸ En 1680 a Sigüenza y Góngora le fue encargado, por el consejo municipal de la ciudad de México, que realizara el arco triunfal para recibir al nuevo virrey que llegaba de España, en Veracruz. Sigüenza llevó a cabo el proyecto decorando el arco con las figuras de once emperadores mexicanos, más la del dios Huitzilopochtli: la historia y el mundo indígena de México substituía por completo a la iconografía y a los motivos ornamentales clásicos, que se habían utilizado hasta aquel entonces, de manera que esta obra se puede considerar como el primer ejemplo de aquella arquitectura neoprehispánica que tanto

desarrollo tuvo entre 1850 y 1910, especialmente en la época del gobierno nacionalista de Porfirio Díaz, cuando también se produjo un pujante desarrollo en la investigación arqueológica.⁹

Por cierto, se puede afirmar que en el siglo XVII, con la labor de Ixtlilxóchitl y de Sigüenza y Góngora empezó en México, por parte de investigadores nativos, la búsqueda de la identidad cultural del pueblo mexicano y la valoración de la historia y de las antigüedades prehispánicas. A partir del descubrimiento de América y de las primeras décadas de la época colonial nos encontramos con eclesiásticos y escritores españoles que dejaron numerosos informes y descripciones de los monumentos antiguos del México central y del área maya,¹⁰ pero es concretamente en el siglo XVII cuando se desarrollan nuevas aproximaciones a la historia prehispánica de México. Ixtlilxóchitl y Sigüenza y Góngora fueron los primeros intelectuales nativos de México que adoptaron distintas perspectivas históricas, orientadas hacia un conocimiento más profundo del mundo precortesiano y una clara apreciación de la cultura material de los antiguos mexicanos. Entre los autores extranjeros que tuvieron parecidos intereses y que contribuyeron a valorar las antigüedades mexicanas, enlazando directamente relaciones con los intelectuales nativos, cabe mencionar al viajero italiano Francesco Gemelli Careri y a Lorenzo Boturini Benaduci. La orientación de Gemelli Careri y de Boturini resultó ser muy próxima a la operación de rescate ideológico y cultural que empezaban a realizar en México los historiadores nativos, según lo que se desprende también de las muchas menciones que estos hicieron de los dos viajeros.

El napolitano Giovanni Francesco Gemelli Careri (1651-1725) había tenido en 1697 una larga estancia en México dedicándose a recorrer los lugares más interesantes de la Nueva España y recogiendo muchas informaciones sobre las antigüedades de este país. Como se lee en su obra titulada *Giro del Mondo. Nuova Spagna*, en la la ciudad de México Gemelli Careri había conocido a Carlos de Sigüenza y Góngora, quien fue su principal informante sobre temas históricos y arqueológicos. Escribe Gemelli Careri que los datos que él proporciona sobre el calendario y las antigüedades de los Mexicanos procedían de su colección:

... sicché la figura del secolo Mexicano, e altre antichità degli Indiani, che verranno appresso delineate in questo volume, si denno tutte alla diligenza, e cortesia del Sigüenza, che mi fece dono di sì pellegrine rarità.¹¹

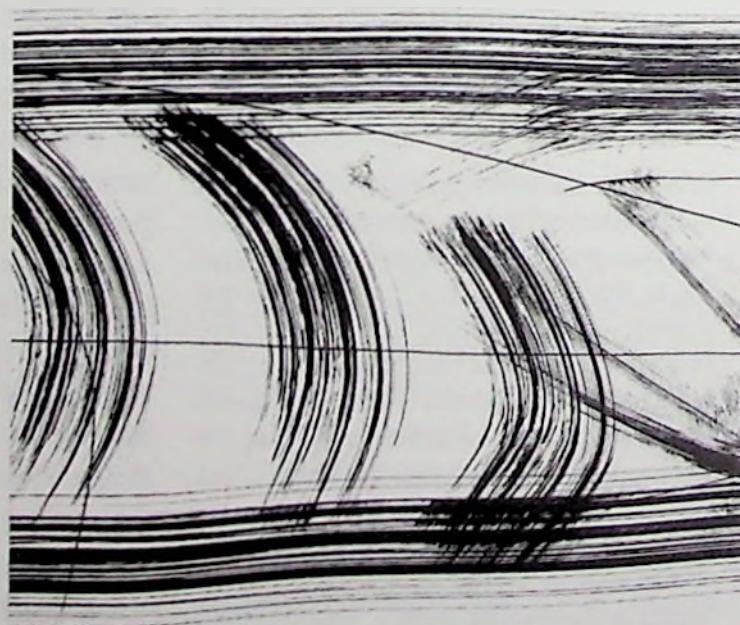
Es muy probable que, a lado de su interés específico por las antigüedades de México, Gemelli Careri hubiese captado, a través del sabio mexicano, una nueva sensibilidad y nuevas formas de manejar las informaciones históricas sobre el México prehispánico. A propósito del calendario precolombino, el viajero escribió que aquello permitía valorar el ingenio de los antiguos mexicanos:

Or quanto degno di laude, e di stima sia l'ingegno de' Mexicani, in inventando tal' artificioso e regolatissimo circolo [calendario], potran giudicare coloro i quali sanno

quanto errore, in questa materia, presero quasi tutte le nazioni Orientali. Questa lode però non si deve a Mexicani d'oggi, i quali certamente non sanno né Astronomia né Aritmetica. . . ma a quelli della Gentilità. . .¹²

Lorenzo Boturini Benaduci (1698 o 1702-1749) fue otro autor extranjero que participó en la actividad descubridora del pasado indígena de México y que, de alguna manera, contribuyó a la formación de una nueva identidad histórica.¹³ Sus estudios recibieron el aprecio de muchos historiadores e intelectuales mexicanos, entre los cuales se pueden aquí citar a Mariano Veytia y algunos de los jesuitas expulsados, así como también a Carlos Bustamante que seguía mencionando la obra de Boturini después de casi un siglo, a mediados de 1800.

Nacido en Milán y nacionalizado en España, Lorenzo Boturini llegó a México en 1736, siendo administrador de las fincas de la condesa de Santibáñez. Pronto manifestó un vivo interés por las culturas indígenas y reunió, en menos de una década, una amplia colección (conocida como "Musco Indiano") que



Kavira Zio 198

incluía alrededor de trescientos documentos del México antiguo, y principalmente manuscritos, códices, mapas precolombinos y neocoloniales. La colección fue retenida por las autoridades locales a raíz de un problema que Boturini tuvo con el entonces virrey, conde de Fuencalra.¹⁴ Después de haber permanecido un tiempo en el palacio virreinal de México, la colección quedó dividida y dispersa, conservándose sólo una pequeña parte de aquélla en el Museo Nacional de Antropología de México. De vuelta a España en 1744, Boturini Benaduci vivió en Madrid, en la casa del futuro historiador mexicano Mariano Veytia. Allí se dedicó a escribir su obra titulada *Idea de una Nueva Historia de la América Septentrional*, a la que añadió el *Catálogo del Museo Indiano*, recopilado enteramente de memoria y sin poder contar con ninguna anotación escrita. El autor publicó su trabajo en 1746, con la esperanza de poder sacar a luz una edición ampliada de su "tesoro científico", después de haber rescatado la colección que había dejado en México. En la introducción del catálogo, Boturini escribió que había llegado a la Nueva España en 1736 y que había reunido "... su tesoro literario á porfiadas diligencias, è inmensos gastos de su bolsa. . ." y que él tuvo siempre abierta al público su casa y su Museo histórico, "teniendo grandísimo gusto que la frequentassen los Sugelos mas acreditados de las Ciencias".¹⁵ Boturini finalizaba la introducción con estas palabras sobre su Museo: "Esta es la única Hacienda, que tengo en Indias, y tan preciosa que no la trocara por oro, y plata, por diamantes, y perlas. . ."¹⁶

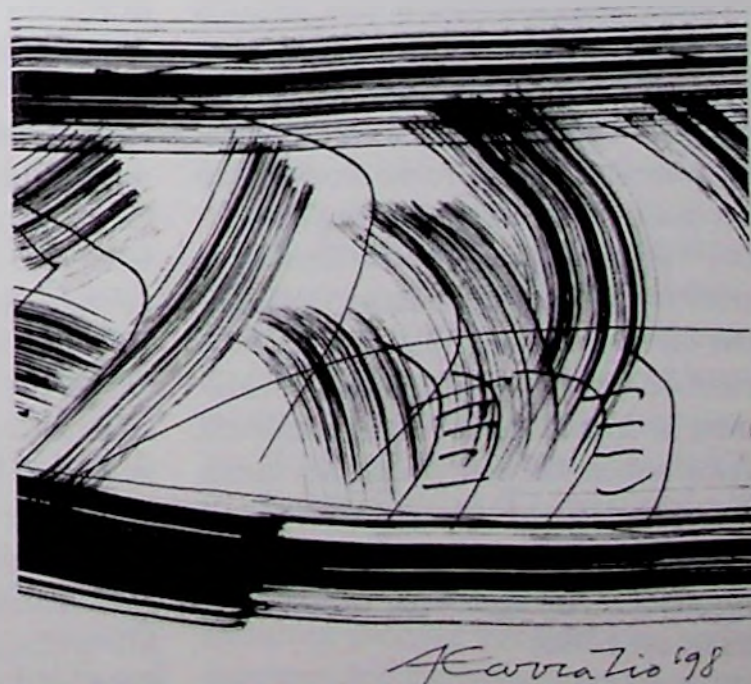
Boturini no consiguió recuperar su colección, ni pudo publicar un catálogo más detallado de los docu-

mentos que formaban parte de aquélla, pero supo despertar en el joven Mariano Veytia un fuerte interés por la historia antigua de México. Nacido en México de padres españoles, Mariano Veytia, después de sus estudios de derecho, tuvo una larga estancia en Europa, recorriendo muchos países y viviendo una temporada en Madrid, donde se encontraba en 1744, cuando ayudó y alojó en su casa a Boturini que acababa de llegar de México, y que en su casa escribió la obra antes mencionada. A su vuelta definitiva a México en 1750, Veytia se dedicó a los estudios históricos, teniendo la oportunidad de consultar los documentos del "Museo indiano" de Boturini, como nos informa el mismo Veytia en su *Historia antigua de México*,¹⁷ obra que se quedó incompleta por la muerte del autor ocurrida en 1779. A pesar de que la obra no se publicó hasta 1836, no cabe duda de que sus estudios fueron reconocidos en aquel tiempo, puesto que el mismo Francisco Clavijero, jesuita mexicano exiliado en Bolonia, se puso en contacto con Veytia antes de publicar sus importantes obras sobre el México precolombino.¹⁸

Basándose directamente en los estudios de estos autores, la sucesiva generación de historiadores y anticuarios mexicanos, desarrolló una investigación con matices ideológicos más decididos, debido a las circunstancias históricas y culturales que se detallarán en las siguientes páginas.

Ideas antiamericanas de la Ilustración europea y la defensa realizada por autores mexicanos

En la segunda mitad del siglo XVIII el interés de los intelectuales nativos de México por las antigüedades de su país fue aumentando, a medida de que las ideas de la Ilustración se iban difundiendo también en Hispanoamérica y parte de la burguesía local iba adquiriendo un diferente peso económico y social en el sistema colonial. No es un caso en que los autores mexicanos de esta época dieran un matiz ideológico y político a sus obras sobre el pasado precortesiano. Las antigüedades de México ofrecían a los ilustrados de este país la doble oportunidad de rescatar el pasado prehispánico y defender las culturas indígenas, enfrentándose por un lado al poder colonial, y por el otro a las ideas de los ilustrados europeos Buffon, De Pauw, Raynal y Robertson, todos empeñados en desvalorizar el continente americano y demostrar la inferioridad de sus habitantes.



Uno de los más destacados representantes de la Ilustración mexicana fue José Antonio de Alzate y Ramírez (1739-1790). Éste fue un intelectual con muchos intereses y con perspectivas abiertas: estudió arte y teología en el Colegio de San Ildefonso en la ciudad de México, se dedicó a la arqueología, a la literatura, a la astronomía y a la historia natural, pero antes que nada fue el editor de la *Gaceta de Literatura de México*, uno de los más importantes canales de difusión de las ideas de la Ilustración en México. Su actividad de polemista está en parte relacionada con la defensa de los indios y de sus culturas, puesto que, como se ha dicho anteriormente, en aquella época y en el mismo ambiente de los ilustrados del Antiguo Continente, circulaban afirmaciones rotundamente antiamericanas.

Alzate se interesó por la arqueología de México expresando la oportunidad de que se hicieran prospecciones arqueológicas y de que también se hiciera un inventario de los yacimientos, a fin de investigar y de conservar los mismos. Entre otras cosas, en 1777 Alzate realizaba su primera visita a las ruinas de Xochicalco, la importante ciudad precolombina del México central (Estado de Morelos), que él dio a conocer sólo más tarde, en 1792, cuando publicó la descripción del monumento de Xochicalco en la *Gaceta de Literatura de México*,¹⁹ con el propósito de difundir la noticia del descubrimiento y destacar su importancia. En la introducción de dicho escrito, el autor resaltaba la coincidencia de su punto de vista sobre las antigüedades mexicanas con el enfoque que Francisco Clavijero había adoptado en su *Storia Antica del Messico*, editada en Italia en 1780:

... en ella [la obra de Clavijero] se registran varias expresiones, comparaciones y ejemplares uniformes a las de que hago uso en esta descripción. ... Este débil ensayo corrobora lo que el sabio Clavijero establece en muchos lugares de su obra, y satisface en algo a sus vivos deseos sobre que se registren y describan las antigüedades mexicanas.²⁰

La descripción que Alzate hace del monumento de Xochicalco ofrece al autor la oportunidad de argumentar, como lo hizo Clavijero, la antigüedad y el nivel de civilización de los indios mexicanos, enfrentándose directamente con las ideas antiamericanas de algunos ilustrados de su época:

... la Nación Mexicana era instruida; porque los conocimientos de arquitectura abrazan otros muchos que le son necesarios: sabían la escultura, y lo que es más digno de considerar, sabían la astronomía. ... El paradójico conde Buffon y el sueco Bomare, que tratan a la antigua Nación Mexicana de poco numerosa, de ignorante y poco civilizada, deben mudar de dictamen, puesto que se les presenta documento que en su patria no pueden manifestar igual, construido por los galos o germanos.²¹

El arte de levantar obras arquitectónicas y los conocimientos de astronomía resultan ser, en la obra de Alzate, dos fundamentales indicadores de civilización, puesto que, como el autor escribió en la introducción, "... la civilización o barbarie se manifiestan por el progreso que las naciones hacen en las ciencias y artes". A propósito de la opinión que los antiguos mexicanos fueran bárbaros por su costumbre de hacer sacrificios rituales de prisioneros, Alzate, como también Clavijero, notaba que los sacrificios humanos habían sido una práctica común en otras civilizaciones antiguas, y que, sin por esto llegar a justificarlos, se podían explicar con los principios de su "falsa religión".²² La comparación con otras

civilizaciones antiguas, mantenida a lo largo de todo el escrito, valía en este caso para disminuir la acusación de barbarie, así como en otros casos el autor recurría a la comparación con los antiguos Egipcios para destacar el significado civilizador de la arquitectura y de la astronomía.

Además de Alzate, otros autores mexicanos se volcaron en la defensa del continente americano. Para algunos de ellos, como es el caso de Francisco Clavijero, dicha defensa fue abierta y representó un reto durante toda su vida. Otros, como Pedro José Márquez, actuaron de una forma menos directa y polémica, pero igualmente significativa. Antes de tomar en cuenta más detenidamente estos autores, parece aquí oportuno mencionar las obras y las ideas de aquellos ilustrados europeos que más provocaron la indignación de los intelectuales mexicanos a finales del siglo XVIII.

Entre 1749 y 1788 se habían editado los treintaiséis volúmenes de la obra enciclopédica del naturalista francés George Louis Leclerc, conde de Buffon, con el título de *Histoire naturelle*, que había obtenido una gran resonancia y una doble apreciación, a la vez científica y popular, por la riqueza de las informaciones y la claridad de las descripciones contenidas en ella. A través de esta obra se fue difundiendo también la imagen despreciativa que el autor había construido alrededor de la naturaleza del continente americano. Buffon mantenía la idea de la inferioridad de las especies animales de América, así como veía en el medio natural del Nuevo Mundo la causa del retraso evolutivo del hombre americano, cuyas culturas no habían podido superar el estado primitivo de "salvajes".

La misma idea de una humani-



dad débil y abúlica, incapacitada y totalmente sometida a las fuerzas brutas de la naturaleza americana, fue expresada por el holandés Cornelis De Pauw en su obra *Récherches philosophiques sur les Américains* (Berlín, 1768-1770). Al igual que Buffon, De Pauw veía en el clima y en el medio ambiente las causas del desarrollo incompleto y defectuoso del hombre americano. Se ha destacado que en la obra del holandés un léxico peyorativo afecta tanto a la naturaleza como a los habitantes del Nuevo Continente, al que se le considera como la sede de corrupción física y moral.²³ De Pauw dirigía fuertes críticas al proceso de colonización de América porque juzgaba que había sido dañino para las culturas indígenas, al mismo tiempo que opinaba que las colonias no habían sido de hecho rentables para los países europeos. El ataque de este autor fue especialmente corrosivo hacia las empresas colonizadoras de España y hacia la misión evangelizadora de los jesuitas, a quienes consideraba a la vez como fanáticos exaltados y como especuladores sin escrúpulos. Por lo visto, el antiamericanis-

mo de estos ilustrados europeos guardaba una estrecha relación con su actitud antihispánica, así que acababan por poner bajo el mismo concepto elementos y circunstancias históricas distintas, y también medían el progreso y la civilización de los dis-

tintos grupos humanos a través de los estrictos criterios del evolucionismo unilineal.²⁴ Entre todos, el juicio formulado por De Pauw sobre América resultaba ser el más duro y provocador, ocasionando muchas páginas de respuesta en la obra histórica del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero (1731-1787). En 1780-81 salió a la luz en Cesena (Italia) *La Storia Antica del Messico* de Francisco Clavijero, en edición italiana puesto que el autor vivía en Italia, como otros muchos jesuitas expulsados de México en 1767. La obra fue traducida al inglés, al alemán, al francés, y parece también que al danés,²⁵ representando por mucho tiempo el texto básico sobre la historia antigua de México. Clavijero dedicó su obra a la Real y Pontificia Universidad de México, cuya antigüedad y cuyo prestigio el autor quería dar a conocer en Europa —la Universidad había sido instituida en 1553 con la orden de Carlos V y bajo los auspicios del papa Giulio II—, lamentando al mismo tiempo que en ella faltasen los estudios sobre la historia y las antigüedades mexicanas. En su obra el

jesuita mencionaba la colección de pinturas mexicanas de Antonio Mendoza, primer virrey de la Nueva España, entre los años 1535 y 1550. Clavijero recordaba también las colecciones de Sigüenza y Góngora y de Boturini, deseando que se creara pronto en México un museo de antigüedades precolombinas. En la primera parte de su obra Clavijero, después de haber descrito la geografía del México central, dirigía la atención a la historia del país, desde la época tolteca hasta el último emperador azteca Montezuma II. En la segunda parte, el historiador presentaba un estudio extenso y minucioso de las culturas prehispánicas, manejando una gran cantidad de informaciones etnográficas sobre la religión, la educación, la organización social, la vida económica, las artes, y otros tantos aspectos de la cultura azteca. Entre todos los datos proporcionados, Clavijero puso de relieve el tema de la educación, considerándola como el indicador preferente de civilización:

L'educazione della gioventù, la quale è il principal sostegno d'uno Stato, e ciò che fa meglio conoscere il carattere di qual si voglia Nazione, fu tale presso i Messicani, ch'essa da per sé basterebbe per confondere l'orgoglioso disprezzo di certi Critici che credono circoscritto dentro i termini dell'Europa l'Imperio della Ragione.²⁶

Además de sus finalidades investigadoras, la obra de Clavijero tenía, como se desprende de esta cita, el propósito de demostrar la dignidad histórica y cultural del México antiguo replicando a las teorías difamatorias que en aquel entonces circulaban sobre el continente americano, especialmente a las ideas de De Pauw y de Buffon.²⁷ Como apéndice de su obra histórica, Clavijero publicó nueve *Disertaciones* expresamente escritas para disipar en los lectores los errores causados por



aquellos autores que, como De Pauw, habían hablado sobre América sin tener conocimientos sólidos y que se habían empeñado en demostrar la naturaleza degenerada del continente americano. Cada uno de los nueve escritos estaba dedicado a la defensa de un aspecto concreto de la cuestión, desde el tema del origen bíblico del hombre americano, hasta aquello de la variedad climática y física del nuevo continente. En uno de los trabajos realizados sobre la obra de Clavijero se ha escrito que las nueve *Dissertationes* no se pueden considerar como el complemento de la *Storia*, sino el verdadero núcleo teórico de la defensa que Clavijero hizo de América, de manera que habría que ver más bien la *Storia* como la base de datos y la documentación de todos los planteamientos de defensa de este autor.²⁸ La gran cantidad de informaciones sobre la etnografía de México antiguo, es decir los datos sobre la religión, el gobierno, las leyes, el comercio, la agricultura y la artesanía que formaban parte de la *Storia* de Clavi-

los ataques de De Pauw, hay que precisar que el jesuita menciona también a otros autores comprometidos en la diatriba contra América, como es el caso del historiador francés Guillaume Raynal y del escocés William Robertson. El ex jesuita Raynal, que había sido discípulo de Voltaire, en su obra de 1770, *Histoire Philosophiques et Politique des Établissements et du Commerce des Européens dans les Deux Indes*, recogía por un lado la idea de Buffon sobre la desdichada naturaleza del continente americano y por el otro analizaba la política colonial y las actuaciones de la Iglesia, con referencia a las relaciones económicas entre Europa y Nuevo Mundo. El historiador escocés William Robertson fue autor en 1777 de la *History of America*, obra en la que también se defendía la teoría de la inclemencia de los fenómenos naturales del continente americano y se expresaban ideas adversas a los pueblos indígenas tachados de apáticos y de hombres sometidos por completo al medio ambiente. Robertson no reconocía el menor gra-

jero valían para poner de manifiesto la dignidad cultural de la civilización indígena de México y para negar que los indios fueran "selvajes". Por esta razón Clavijero ha sido considerado como uno de los primeros representantes del indigenismo ilustrado del siglo XVIII y un precursor del independentismo mexicano.²⁹

Si la obra de Clavijero se presenta como una respuesta directa y puntual a

do de civilización a los indios de América y llegó a negar que las culturas antiguas hubiesen tenido conocimientos arquitectónicos, puesto que no quedaban vestigios de edificios interesantes desde el punto de vista artístico y también técnico.³⁰ Por lo visto, afirmaciones como ésta reclamaban, más que otras, respuestas concretas que se apoyasen en datos precisos y no en falsas suposiciones. Los escritos de Francisco Clavijero, de José Pedro Márquez, y de otros muchos jesuitas mexicanos exiliados en Italia a finales del siglo XVIII, facilitaron a los ambientes culturales de Europa los elementos necesarios para rechazar las difamaciones en contra del continente americano. El hecho de que se publicasen en Europa sus obras sobre la historia y las antigüedades de México favoreció la circulación de informaciones totalmente distintas sobre América. Por cierto, los trabajos de aquellos autores fueron consultados y utilizados por el investigador Alexander von Humboldt a la vuelta de su largo viaje científico por América (1799-1804), cuando él se dedicó a la publicación de sus obras. En éstas el científico alemán demostró una actitud crítica hacia los autores que habían difamado la naturaleza y las civilizaciones amerindias.³¹

Si en el presente trabajo se han mencionado a los jesuitas mexicanos que escribieron sobre México en la época de su destierro italiano es porque efectivamente el interés que algunos de ellos tuvieron por la historia y la arqueología precolombina se puede interpretar como una más de las respuestas que se formularon en contra de los detractores del continente americano. Las mismas circunstancias culturales que animaron a los jesuitas mexicanos a escribir sobre arqueología e historia precolombina, inspiraron tam-

bién la producción lírica de otros tantos compañeros suyos —Juan Luis Manciro, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar y Diego Abad— que hicieron conocer en Europa, a través de sus composiciones poéticas, las bellezas naturales de México y el culto a la Virgen Morena de Guadalupe. Uno de los primeros investigadores que se interesaron por este grupo de intelectuales mexicanos, ha escrito que en todos ellos había una alta estima de las culturas indígenas y una fuerte necesidad de entender y profundizar las diferentes expresiones de la vida prehispánica.³² En años más recientes otra investigadora, Silvia Vargas Alquiricia, ha enfocado la variada producción de los jesuitas mexicanos desde el punto de vista de la aportación que ellos dieron a la defensa de América y desde la perspectiva de la formación de la identidad nacional.³³ En ningún caso hubo una declarada oposición política o alguna actuación en contra del gobierno de España, pero todos los jesuitas mexicanos exiliados contribuyeron, a través de sus obras, a forjar aquella conciencia

nacional novohispanica que dentro de poco hubiera dirigido los movimientos de independencia.³⁴ Puesto que los estudios realizados sobre el tema han resaltado el papel fundamental que todos ellos desempeñaron en el origen del indigenismo y en la búsqueda de la identidad nacional mexicana, puede tener cierto interés hacer alguna consideración más alrededor del significado y la función específica que los trabajos de arqueología precolombina tuvieron en este ámbito ideológico y cultural, según la producción de Pedro José Márquez. Este fue un investigador muy integrado en el círculo de la arqueología clásica en la Roma de los comienzos del siglo XIX y pudo manejar, en la defensa que él hizo de las culturas indias, apropiados instrumentos teóricos y de argumentación.

Antes de recorrer las líneas fundamentales de la producción americanista de Márquez, sería conveniente mencionar a otros dos jesuitas que se interesaron por las culturas prehispánicas y por la arqueología mexicana: se trata de Lino José Fábrega y de Agustín Castro. El primero había nacido en Tegucigalpa (Honduras) en 1746 y, después de su expulsión de Nueva España en 1767, se había instalado en Roma bajo la protección del cardenal Stefano Borgia, quien encargó a Fábrega un estudio del antiguo códice mexicano incluido en la colección de antigüedades de su noble familia. El Códice Borgia, que en la actualidad se halla en la Biblioteca Va-

ticana, es uno de los manuscritos precolombinos más importantes, debido a su cualidad artística y a su excelente estado de conservación. No obstante se podría pensar que el códice estuviese en Europa ya en el siglo XVI, su historia se conoce sólo desde finales del siglo XVIII cuando se agregó a la colección del cardenal Borgia.³⁵ La interpretación que Fábrega dio del códice resultó ser la correcta, en cuanto que los estudios sucesivos han confirmado que el antiguo documento contiene un calendario ritual y cosmogónico que reúne y conecta muchos de los conocimientos astronómicos de los antiguos mexicanos.

A causa de la muerte del autor ocurrida en 1797 y del mismo cardenal en 1804, la obra que recogía los resultados de dichas investigaciones no se publicó hasta 1891.³⁶ A pesar de esto, el valor científico de su trabajo fue reconocido muy pronto, si consideramos que el manuscrito de Fábrega fue consultado y citado por sus connacionales José Pedro Márquez y Andrés Cavo y por el científico alemán Alexander von Humboldt.³⁷ Con ocasión del estudio y de la interpretación del códice precolombino, Fábrega escribió su defensa de las culturas indígenas de México, destacando la organización social y política que tuvieron, su capacidad constructiva y sobre todo su ciencia astronómica y cronológica:

... molto più sarà di ammirarsi di qua innanzi, l'esattezza del loro computo cronológico, rituale ed astronomico regolato sopra un metodo peregrino affatto, pel mezzo del quale segnate vengono colla maggiore precisione l'epoche cardinali de' tempi, della storia umana, e delle tradizioni più essenziali all'uomo. . . delle quali li avevamo finora creduti al bujo intieramente.³⁸

En otros puntos de su obra Fábrega alude a la falta de exactitud y a los



intentos difamantes contenidos en muchas obras sobre América, demostrando de esta manera su interés en defender la historia y las culturas indígenas.³⁹ No nos han llegado los manuscritos de las restantes obras de Fábrega, entre las cuales se encontraban varias Discertaciones sobre la antigua historia de México y un diccionario geográfico, histórico y natural de América.⁴⁰ De todas formas, no cabe duda de que también Fábrega, al igual que otros de los jesuitas exiliados, tomó parte en la defensa de las civilizaciones amerindias poniendo de relieve algunos de los rasgos culturales que en aquella época se consideraban más interesantes y calificados, es decir la posesión de conocimientos astronómicos y la costumbre de reflejarlos en testimonios escritos, como son los códices que los antiguos mexicanos dejaron.

En esa misma línea hay que considerar la obra de Agustín Castro (1728-1790), otro de los jesuitas mexicanos exiliados en Italia en 1767. Dentro de la amplia y variada producción de Castro, destacan las obras poéticas y las traducciones de textos latinos y griegos y, por lo que aquí interesa, un trabajo sobre la extracción y el comercio de la sal en el antiguo Yucatán y una descripción en versos latinos de las ruinas de Mitla, el sitio de época posclásica que se encuentra en la región de Oaxaca.⁴¹ Las obras de Castro no salieron a la luz, excepto el *Elogio del padre Francisco Clavijero*, que se publicó en Ferrara en 1787 para conmemorar al historiador mexicano con quien Castro tenía relaciones de amistad y con quien había colaborado para la conocida *Storia Antica del Messico*. Agustín Castro fue, para Clavijero y los demás compañeros del destierro, un importante punto de referencia y un

asesor culto y riguroso en materia de antigüedades mexicanas.⁴² Que Castro fuera conocido en los círculos culturales italianos como experto americanista se deduce también del hecho de que, en un primer momento, a él se le atribuyó la obra *Lettere Americane*, escrita por el economista e historiador Gian Rinaldo Carli y publicada anónimamente en los años 1777 y 1778.⁴³ Igual que los jesuitas mexicanos, Carli refutó las teorías de De Pauw sobre el continente americano, y reclamó el más alto grado de civilización para México y Perú. El ilustrado italiano dedicó muchas páginas a México, pero tuvo más interés por el sistema político y social incaico: lo exaltó y lo idealizó, llegando a afirmar que los incas habían conseguido eliminar las ambiciones y los intereses personales en la gestión del poder y habían alcanzado la forma más perfecta de gobierno.

Una referencia más se puede hacer al jesuita Andrés Cavo (1739-1803), autor de la obra *Los tres siglos de México durante el Gobierno Español* —publicada a título póstumo en 1836— en la que demostró su interés por la situación de los indígenas americanos y puso de relieve las iniciativas tomadas en favor de ellos a lo largo de los siglos examinados. Cavo demostró también su interés por el pasado indígena y por las antigüedades de México, dedicándose a traducir al latín la obra del científico mexicano Antonio y León y Gama sobre el Calendario azte-

ca, obra de la que se volverá a hablar en los siguientes párrafos. Según lo que explica Márquez, además de la traducción que se quedó inédita por la muerte del autor ocurrida en 1803 en Roma, en los años de su destierro en Italia, Cavo tuvo con León y Gama un intenso intercambio de cartas, siendo dedicadas, muchas de ellas, a temas históricos y arqueológicos.⁴⁴

Entre los jesuitas mexicanos exiliados en Italia se encontraba también el recién mencionado Pedro José Márquez, cuya obra americanista está igualmente relacionada con la defensa del Nuevo Mundo pero que, dentro de este marco, va a ocupar aquí un lugar especial, por haber tenido un enfoque más propiamente arqueológico.

Las obras de Pedro José Márquez sobre las antigüedades mexicanas

Pedro José Márquez había nacido en 1741 en Rincón de León (Estado de Guanajuato, México) y a los

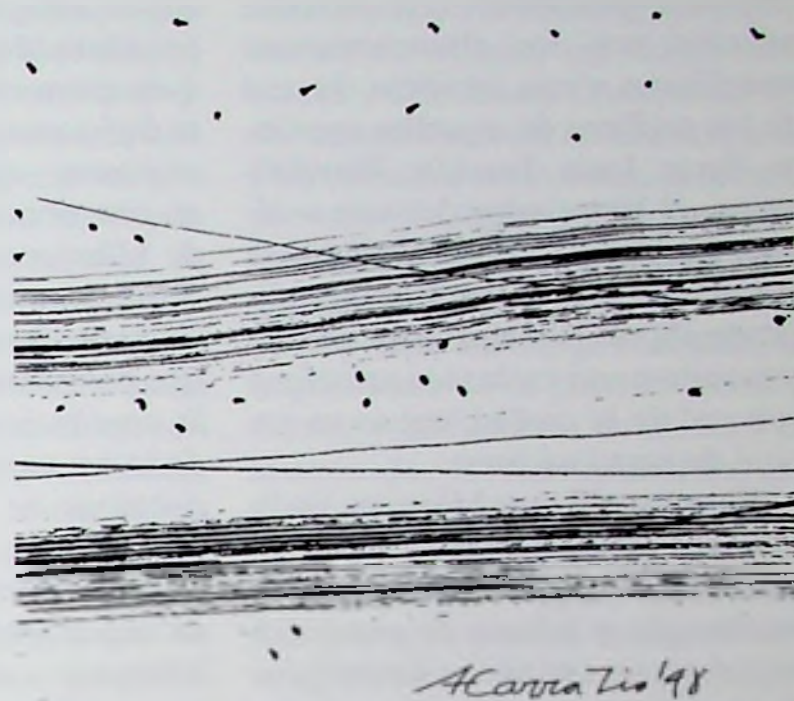


veinte años se había incorporado como novicio a la Compañía de Jesús. Tenía veintiséis y estaba todavía cursando los estudios de teología en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México cuando tuvo que dejar su tierra, a consecuencia de la orden del rey Carlos III que, en 1767, decretó la expulsión de los jesuitas de España y de sus dominios. Aunque las causas que originaron la expulsión de los jesuitas de los dominios de España no resulten totalmente claras, los historiadores parecen estar de acuerdo en reconocer que la principal razón fue el despotismo ilustrado del rey, que por un lado se proponía consolidar su poder con el fin de realizar las reformas y las mejoras sociales, y por el otro apuntaba a reducir la influencia de la nobleza y del clero.⁴⁵ Los jesuitas mexicanos se instalaron en Italia y, sólo en 1798, Carlo IV les autorizó el regreso a su patria. Márquez vivió en Roma a lo largo de su exilio, perfectamente incorporado en los círculos intelectuales y artísticos del neoclasicismo y tomando parte activa en la vida cultural de la época. En 1820, tres años antes de su muerte, volvió a México y fue maestro de novicios en el Colegio de San Pedro y San Pablo, colaborando al restablecimiento de la Compañía de Jesús en su país.⁴⁶

En Roma el padre Márquez publicó sus trabajos, todos relacionados con la arqueología clásica, a excepción de una obra de estática, una de astronomía y tres de interés americanista. Entre sus estudios sobre el mundo clásico fue especialmente apreciada en aquella época la obra titulada *Delle case di città degli antichi Romani secondo la dottrina di Vitruvio* de 1795,⁴⁷ en la que el autor se empeñaba en la interpretación del *De architectura* de Vitruvio a través del estudio

analítico de los restos arqueológicos romanos. Puede ser interesante notar que en este trabajo Márquez llegó a interpretar un pasaje confuso de Vitruvio sobre el *laconicum* (baño de vapor) de los griegos y de los romanos a través del ejemplo del *temazcalli*, la construcción del México indígena, hecha con piedras que se calentaban y se bañaban exteriormente a fin de producir vapores en la parte interior.⁴⁸ Fue aquella la primera mención que Márquez hizo del mundo precolombino con el propósito de valorizar los restos arquitectónicos del México antiguo, y a la vez proporcionar informaciones desconocidas a los lectores de Europa.

En los círculos culturales de la Roma neoclásica Márquez fue un estudioso reconocido y estuvo en contacto con los personajes más destacados de la época. Entre varias cosas, se puede suponer que Alexander von Humboldt, a la vuelta de su largo viaje científico en América (1799-1804), conoció personalmente los trabajos de Márquez y de los demás jesuitas mexicanos, repetidas veces mencionados en sus obras. El contacto del alemán con los jesuitas mexicanos se estableció, con mucha probabilidad, en Roma, donde el alemán permaneció a lo largo del año 1805 con su hermano, el lingüista Wilhelm von Humboldt, diplomático del Estado prusiano, muy próximo al ambiente neoclásico. Hay otros indicios que comprueban la fama



de los trabajos de Márquez en aquella época, como por ejemplo el hecho de que el diplomático español don Nicolás de Azara, promotor también de los estudios del crítico neoclásicista Francesco Milizia y del filósofo Esteban de Arteaga, comisionase al jesuita mexicano el estudio de unos restos romanos en Tivoli, entonces conocidos como Villa de Mecenas.⁴⁹ Además de esto, Márquez fue socio de las prestigiosas Accademia di San Luca y de la Accademia Romana di Archeologia y dirigió, entre 1809 y 1814, la Biblioteca Casanatense, una de las más importantes de la ciudad.⁵⁰

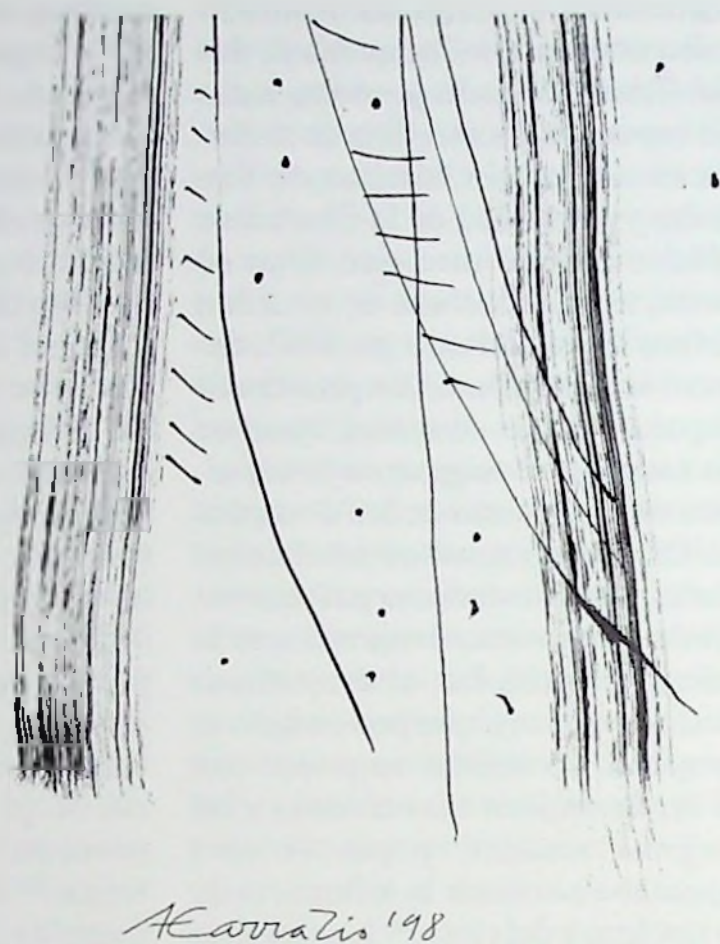
En 1797 Márquez fue nombrado académico de honor por la Academia de Bellas Artes de San Fernando⁵¹ y en Madrid, en 1801, salió a la luz la primera edición de su ensayo de estética, posteriormente ampliado y publicado también en italiano en 1808.⁵² En este trabajo Márquez reflexionaba sobre la idea de belleza, a la que consideraba como el resultado de una elaboración racional que conduce a un modelo de perfección ideal, y cuyo fin con-

siste en el deleite y en la felicidad del espectador. Los principios de Márquez guardaban una estrecha relación con los planteamientos neoclásicos y con las ideas de uno de los artífices de aquellas teorías, es decir Joan Joachin Winckelmann, el historiador del arte antiguo que, entre 1754 y el 1768, había tenido una estancia en Roma, realizando allí sus principales estudios y tomando parte en la vida artística y cultural de la ciudad, entonces capital de neoclasicismo.

El opúsculo que Márquez dedicó a la estética introducía algún elemento nuevo que resulta ser muy interesante a la hora de comprender cómo un estudioso de antigüedades griegas y romanas y un autor neoclásico pudiera apreciar un arte tan distinto como es el arte precolumbino. Igual que los neoclásicos, el jesuita mexicano sostenía el principio del arte como imitación racional e ideal de la naturaleza; pero, a diferencia de ellos, Márquez consideró que la arquitectura no es un arte de imitación sino de invención, y por lo tanto no está sujeta a las rígidas normas estéticas que orientan la escultura y la pintura. Según Márquez, la arquitectura sólo nace de la necesidad de abrigarse y no pretende imitar ningún objeto natural; es creativa, al mismo tiempo que es racional, como las restantes artes, porque está reglamentada por los principios claros y ordenados de la razón.⁵³ Afirmando que la arquitectura es invención, Márquez estaba abriendo su teoría estética a la apreciación de todas las construcciones que se alejaban del canon clásico, y de alguna forma estaba afirmando el valor relativo de este arte. De hecho, en las primeras páginas de su obra, el autor había expresado un principio relativista al escribir que el gusto de un pueblo está influido por las ideas

nacionales, las costumbres y las tradiciones antiguas.⁵⁴ El principio de la arquitectura como arte de invención está expuesto también en una obra inédita de Márquez que se titula *Apuntamientos por orden alfabético pertenecientes a la arquitectura donde se exponen varias doctrinas de M. Vitruvio Polion*. Se trata de un diccionario de arquitectura que Márquez escribió entre 1786 y 1806, cuyos cuatro tomos no llegaron a publicarse, y que sólo hace poco han sido localizados en la Biblioteca Nacional de Madrid y se han publicado parcialmente.⁵⁵ En la voz "Belleza ideal" del diccionario se lee que "...en la arquitectura no ha lugar esta belleza; pues ella no imita a la naturaleza en sus obras, sino que las inventa enteramente..."⁵⁶

El principio de la invención en la arquitectura imprimía una orientación relativista a la teoría estética de Márquez. A pesar del enfoque racionalista y neoclásico, el autor pudo llegar a valorar la arquitectura de los antiguos mexicanos y defender la historia y la cultura del Nuevo Mundo, a través de este importante indicador de civilización. De hecho, una de las tres obras americanistas de Márquez trataba expresamente de arquitectura precolumbina. Esta obra, titulada *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana*, se editó en Roma en 1804, con el fin de hacer conocer a los "eruditos de la cultísima Europa" el nivel de civilización que ha-



bían alcanzado los antiguos mexicanos.⁵⁷

Márquez tomaba el punto de partida de dos artículos publicados en México en 1785 y en 1792, con ocasión del descubrimiento de los interesantes monumentos de El Tajín y Xochicalco,⁵⁸ pero se preocupó también de ampliar los propósitos informativos y de facilitar alguna interpretación de los monumentos. Entre otras cosas, el autor formulaba la hipótesis de la forma piramidal de los dos edificios y, a propósito del monumento de Xochicalco, consideraba que aquel edificio no hubiese tenido una función militar y defensiva, como había escrito Alzate, sino que pudiese haber sido un templo. Esta última interpretación ha resultado ser la correcta, mientras que los estudios posteriores han averiguado que el edificio de Xochicalco no tuvo una forma piramidal de cinco alturas, sino que consistió en un templo construido sobre un basamento de

paredes oblicuas (talud). A propósito del mismo edificio, Márquez menciona a los toltecas, principalmente para destacar que el monumento se remontaba a una época anterior a los aztecas y que había sido levantado por la primera nación civilizada de México, a quienes el historiador Ixtlilxóchitl (citado por Márquez) había atribuido un alto nivel de civilización. Tampoco parece haberse equivocado mucho el padre Márquez si se considera que, según los conocimientos actuales, el centro ceremonial de Xochicalco se construyó en el Horizonte Epiclásico (650-900 d.C.), es decir en una época muy poco anterior a los toltecas (Posclásico antiguo: 900-1150).⁵⁹ A lado de esto se podría también decir que la misma relación establecida por Márquez entre la Pirámide de los Nichos de El Tajín y la ciencia astronómica y cronológica sigue teniendo cierta validez general.

Es evidente que, después de casi dos siglos de investigaciones arqueológicas, los aspectos interpretativos no son los más interesantes de la obra de Márquez. Más significativas resultan otras dos operaciones teóricas que el jesuita realiza en su obra de 1804, es decir la comparación y la valorización del México antiguo. Márquez recurre con frecuencia a la comparación, estableciendo relaciones entre los antiguos mexicanos y los griegos, los romanos y también los antiguos egipcios y hebreos. A través de las comparaciones, el jesuita quería principalmente aunarse al universalismo de la tradición bíblica: la forma piramidal sería la misma en distintas y lejanas civilizaciones porque todas contarían con el mismo prototipo, es decir la torre de Babel, símbolo del orgullo humano y causa del diluvio universal, acabado con la dispersión de los hombres y con la

formación de los distintos pueblos de la tierra.⁶⁰ También otras analogías culturales se explicarían, según Márquez, a través de la idea del origen común antediluviano: la división del día en cuatro partes, la costumbre de hacer empezar el año por el solsticio de invierno⁶¹ y la existencia, en los calendarios de distintos pueblos, de cinco días rituales dedicados a la total inactividad.⁶² El autor menciona además algunas analogías entre el mundo prehispánico y el mundo clásico, como es el caso antes citado del *temazcalli-laconicum*, y muchos más que no se pueden detallar aquí por razones de espacio, pero todos los ejemplos parecen indicar que Márquez utiliza la comparación al fin de acercar culturas diferentes y proclamar una igual dignidad histórica. Se dirá por lo tanto que los monumentos de El Tajín y Xochicalco ofrecieron a Márquez la oportunidad de defender el Nuevo Mundo informando a los lectores europeos sobre el nivel técnico y estético de la arquitectura mexicana antigua y destacando todas aquellas analogías entre diferentes civilizaciones que apuntaban a la idea de la universalidad del hombre.

En su defensa del México antiguo, al lado de la arquitectura, Márquez ponía la astronomía como otro fundamental indicador del nivel de civilización alcanzado por este pueblo. En 1804, el mismo año de la publicación del trabajo sobre El Tajín y Xochicalco, el jesuita mexicano daba a la estampa otra obra americanista, titulada *Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli Antichi Messicani* y dedicada, como la anterior, a la "Noble, Ilustre, Imperial Ciudad de México". Se trataba principalmente de la traducción de un libro editado en México en 1792 y escrito por el científico Antonio León y

Gama sobre las dos famosas esculturas del arte mexica halladas, dos años antes, en la Plaza Mayor de la ciudad de México (el Calendario azteca y Coatlicue). Como se ha dicho anteriormente, la obra de León y Gama había sido traducida al latín por otro jesuita mexicano exiliado en Italia, Andrés Cavo, sin poderse editar debido a la muerte del traductor. Esto indica, por un lado, la importancia de la obra de León y Gama, y por el otro demuestra el interés que los conocimientos astronómicos podían despertar, siendo aquellos un seguro indicador de civilización. La versión italiana de Márquez presentaba un significativo cambio en el título —*Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli antichi Messicani*— que hacía resaltar más el contenido astronómico de la obra, en comparación con el título originario del libro publicado en México en 1792.⁶³ Antonio León y Gama, además de matemático, había sido estudioso de astronomía y, como se podía leer también en la introducción de Márquez, había escrito su obra para que se reconociera el valor de las esculturas aztecas halladas en la ciudad de México y se pudiese así evitar su descuido y abandono. Al mismo tiempo era intención del autor hacer patente los conocimientos de los indios americanos en las artes y en las ciencias, al fin de desmontar las acusaciones falsas de algunos autores mal informados o calumniadores.⁶⁴ No cabe duda de que la misma intención la tuvo Márquez al traducir la obra de León y Gama. La versión original constaba de una descripción de las dos esculturas mexicas y de unas extensas explicaciones sobre el sistema cronológico y los calendarios aztecas.

Además de traducir, Márquez se había preocupado de añadir la introducción (pp. I-XIII), la conclu-

sión (pp. 170-180) y unas notas minuciosas sobre los temas tratados, así que en muchos puntos la obra ofrece también las ideas personales del traductor acerca del México precolombino. Por ejemplo, hablando de la escultura de la Coatlicue, Márquez toma el punto de partida de la rápida mención que León y Gama había hecho de los "ridículos y supersticiosos ritos" del sacrificio humano y desarrolla, en una larga nota, su idea sobre el tema, dudando de la credibilidad de las fuentes alrededor del gran número de víctimas inmoladas a los dioses y tachando de exageración a los cronistas.⁶⁵ En distintos puntos de la obra, Márquez hace referencia a la teoría bíblica de la dispersión de los hombres después del diluvio universal e interpreta las analogías entre los conocimientos astronómicos de los antiguos mexicanos y de otros pueblos como una prueba del origen común de la humanidad.⁶⁶ De forma que los conocimientos astronómicos resultan indicar, en la obra de Márquez, tanto el alto grado de civilización alcanzado por los antiguos mexicanos, como la antigüedad de aquel pueblo, rescatándole de una vez por todas del menosprecio histórico y cultural al que estaba sometido. Márquez evidentemente se basaba en la consideración que los conocimientos astronómicos de un pueblo comprueban su antigüedad, como el famoso astrónomo francés de la época, Jean Sylvain Bailly (1736-1793), había escrito:

L'Histoire de l'Astronomie est une partie essentielle de l'histoire de l'esprit humain. . . Imposante par la grandeur de son objet, curieuse par ses moyens de recherche, étonnante par le nombre & l'espace de ses découvertes, elle est peut-être la mesure de l'intelligence de l'homme, & la preuve de ce qu'il peut faire avec du tems & du génie.⁶⁷

Es interesante subrayar que también en la obra de Bailly se mantenía la idea ya expuesta a propósito de Márquez, es decir que los pueblos más antiguos y conocedores de la astronomía eran, muy probablemente, los que procedían directamente de la humanidad diluviana.⁶⁸

El tema de la astronomía tiene que ver también con la tercera obra americanista del padre Márquez, incluida en la bibliografía recopilada por Justino Fernández en 1972, pero no mencionada por otros bibliógrafos de Márquez.⁶⁹ Este escrito fue traducido del italiano al español por Jorge Engerrand y publicado por primera vez en 1912 en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México*. En una nota añadida a la traducción se puede leer que en aquel entonces todavía se tenían noticias del manuscrito original de Márquez puesto que el Dr. León, profesor de Antropología Física del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México, lo había visto personalmente en la biblioteca del Dr. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. No hay motivos para dudar de la autenticidad de la información, así como de la existencia del manuscrito que se utilizó para la versión española de 1912, dado que en ello se hallan muchos de los temas tratados por Márquez en sus obras. El opúsculo estaba dedicado al calendario ritual de los antiguos mexicanos, según lo que se podía deducir del antiguo códice precolombino del cardenal Stefano Borgia que, como se ha dicho anteriormente, había sido estudiado por otro jesuita mexicano exiliado en Italia, Lino José Fábrega. Por cierto Márquez escribió su breve trabajo sobre el Códice Borgia después de 1804 porque en ello se mencionaba la obra de León y Gama y sobre todo porque el autor

imputaba a la muerte de Fábrega (1797) y a la muerte del cardenal Stefano Borgia (1804) el hecho de no haberse editado los estudios de Fábrega sobre el importante manuscrito prehispánico.⁷⁰ El trabajo de Márquez no fue muy extenso, pero al autor le tuvo que parecer necesario escribir alguna observación sobre aquel documento de los antiguos mexicanos, al que se había dedicado con tanto interés su distinguido compañero y que no se había podido editar. Efectivamente, el Códice Borgia merecía toda la atención que los dos jesuitas mexicanos le dedicaron en aquella época, al ser uno de los manuscritos precolombinos más interesantes por el singular estado de conservación de los diez metros de piel de venado sobre el que se realizó, y por su alta calidad artística, debida a la precisión caligráfica de los dibujos y de los colores brillantes que le caracterizan. Los estudios llevados a cabo después por el americanista alemán Eduard Seler (1849-1922) han confirmado las interpretaciones que de este códice hicieron Fábrega y el mismo Márquez, es decir que el manuscrito fuese un calendario ritual y astronómico.⁷¹ Todas las consideraciones que se han hecho aquí demuestran que la primera apreciación de las antigüedades precolombinas por parte de autores mexicanos tuvo también importantes fundamentos científicos y que el grupo de los jesuitas mexicanos exiliados en Italia abrieron camino a los estudios arqueológicos e históricos sobre el México precortesiano. Ellos defendieron el Nuevo Mundo desde una perspectiva especializada y moderna, contribuyendo de forma significativa y directa al desarrollo de los estudios americanistas y al conocimiento sobre las antiguas civilizaciones de México •

Notas

¹ Cfr. Bruce Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992.

² Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras Históricas*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891-1892, tomo II, p. 15. La cita se localiza en el prólogo de la *Sumaria Relación de la Historia de la Nueva España*.

³ *Ibid.*, p. 18: "...Tulteca quiere decir hombre artífice y sabio, porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes, y especialmente en las ruinas de sus edificios, en este pueblo de Teotihuacan, Tula y Cholula." Sobre el significado de "tolteca"

ción, cfr. Ernest Burrus, "Clavijero and the lost Sigüenza y Góngora Manuscripts", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1, México, 1959, pp. 59-90.

⁷ Para las referencias a Sigüenza y Góngora, cfr. Giovanni Francesco Gemelli Careri, *Giro del Mondo. Nuova Spagna*, Nápoles, 1708, pp. 28, 44, 45, 108, 111 y 112.

⁸ Esta noticia se encuentra en Daniel Schavelzon, *La polémica del arte nacional en México. 1850-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 23.

⁹ El pabellón de México de la Exposición Universal de París de 1889 representó de manera clara las tendencias ideológicas y

estéticas de la época, puesto que estaba inspirado en la famosa pirámide de Xochicalco (Estado de Morelos) y se proponía valorar y divulgar la historia antigua de México. Alrededor de la política cultural de Porfirio Díaz (1876-1910) se lee en Fausto Ramírez, "Dioses, Héroes y Reyes mexicanos en París, 1889", en *Historia, Leyenda y Mitos de México: su expresión en el arte. XI Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1988: "Se había incorporado a la política del porfiriato la preocupación por preservar y estudiar este patrimonio histórico. Entre las múltiples medidas to-

madas al efecto, basta mencionar la creación, en 1885, de la Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República, con jurisdicción en todo el territorio nacional y el impulso dado al Museo Nacional de Arqueología, Etnología e Historia..." (p. 239).

¹⁰ Cfr. José Alcina Franch, *ob. cit.*, en la nota "3", pp. 43-48.

¹¹ Francesco Gemelli Careri, *Giro del Mondo. Parte VI contenente le cose più ragguardevoli vedute nella Nuova Spagna*, Nápoles, 1700, Stamperia Roselli, p. 73.

¹² *Ibid.*, p. 73.

¹³ Sobre el papel de Boturini Benaduci en el desarrollo del espíritu preindependiente, cfr. Alcina Franch J., *ob. cit.*, en la nota "3", p. 61.

¹⁴ Las razones de la causa emprendida por el virrey en contra de Boturini parecen haber estado en relación con una colecta no autorizada que Boturini realizó en México, a fin de rendir culto a la Virgen de Guadalupe. Boturini permaneció en la cárcel algunos meses y después fue expulsado de Nueva España. A través de Mariano Veytia que fue su amigo y le hospedó en su casa en Madrid en 1744, trató también de recuperar la colección que había reunido en México, pero no lo consiguió, a pesar de que había obtenido también la absolución del Consejo de España, en relación con los mencionados sucesos, cfr. Mariano Veytia, *Historia antigua de México*, México, Imprenta J. Ojeda, 1836, t. I, pp. I-XXXIX y pp. 48-51.

¹⁵ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional fundada sobre material copioso de Figuras, Symbolos, Caracteres y Gero-glíficos, Cantares y Manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos. Catálogo del Museo Histórico Indiano*, Madrid, 1746.

¹⁶ *Ibid.*, p. 1-2.

¹⁷ Mariano Veytia, *Historia Antigua de México*, México, Imprenta J. Ojeda, 1836, t. I, p. 16.

¹⁸ *Ibid.*, t. I, p. XXVII.

¹⁹ José Antonio Alzate Ramírez, "Descripción de Xochicalco", en *La Gaceta de Literatura de México*, 1792, tomo III, México. Para el presente artículo se ha utilizado la reimpresión incluida en Justino Fernández (editor y traductor), *Pedro José Márquez. Sobre lo bello en general y Dos monumentos de arquitectura mexicana: Tajín y Xochicalco*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1972, pp. 187-206.

²⁰ *Ibid.*, p. 191.

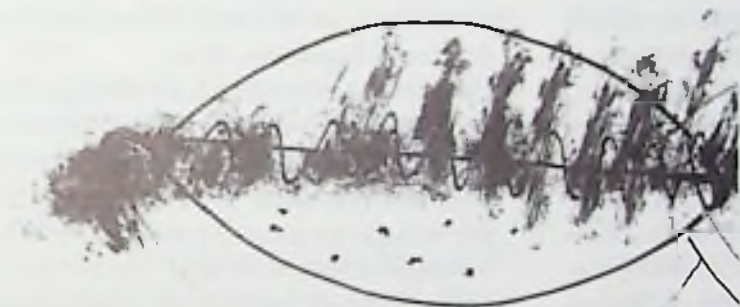
²¹ *Ibid.*, pp. 204-205.

²² *Ibid.*, p. 196. Sobre el mismo tema de los sacrificios humanos, Clavijero se había expresado de forma parecida: Francisco Javier Clavijero, *Storia Antica del Messico*, Cesena, 1780-1781, t. IV, p. 295, y t. II, p. 45.

²³ Cfr. Giovanni Marchetti, *Cultura indigena e integrazione nazionale. La "Storia Antica del Messico" di F.J. Clavijero*, Abano Terme, Piovani, 1980, p. 26.

²⁴ Cfr. José Alcina Franch, *ob. cit.*, en la nota "3", pp. 57-59.

²⁵ La noticia se encuentra en Gloria Grajales, *Nacionalismo incipiente en los histo-*



Karva Zis '98

como "civilizado" y sobre los nexos culturales que los aztecas establecieron con el mundo tolteca para legitimar y fortalecer su imperio, cfr. José Alcina Franch, *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América Española*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1995, pp. 37-38.

⁴ *Ob. cit.*, en la nota "2": pp. 40-41 y 68.

⁵ Cfr. Andrés Cavo, *Los tres siglos de México durante el Gobierno Español*, México, Imprenta de J.C. Navarro, 1852, p. 117.

⁶ La colección fue donada por el mismo Sigüenza y Góngora al Colegio de los Jesuitas de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México y quedó dispersa después del 1767, año de la expulsión de los Jesuitas de México. Para la historia de esta colec-

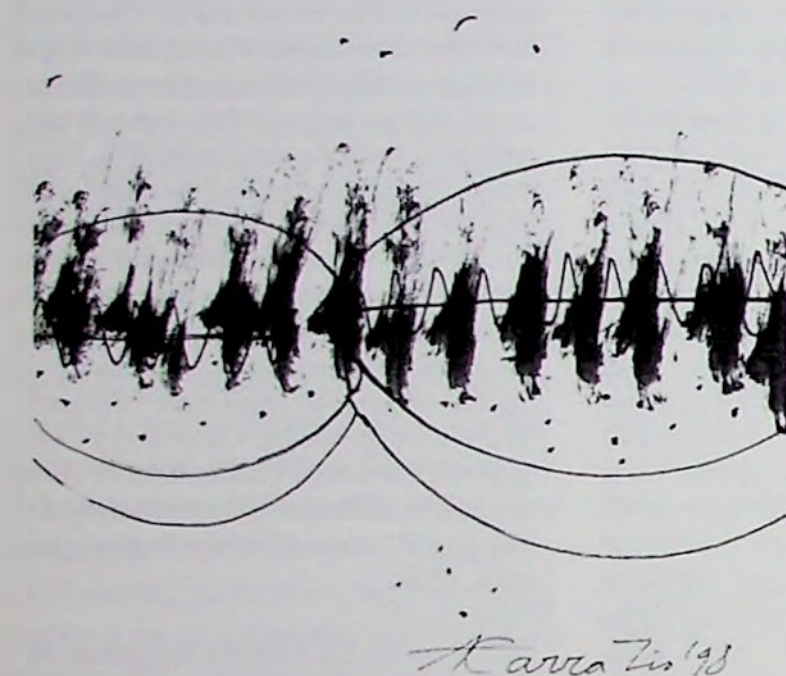
riadores coloniales. *Estudios historiográfico*, México, UNAM, 1961, p. 91.

²⁶ Francisco Javier Clavijero, *Storia Antica del Messico*, Cesena, Gregorio Biasini, 1780-1781, t. II, pp. 100-101.

²⁷ Giovanni Marchetti, *ob. cit.*, en la nota

28, p. 41 y p. 48.

²⁸ *Ibid.*, p. 42.



²⁹ Manuel Marzal, "El indigenismo moderno en México: F.J. Clavijero", en *VV.AA., La antropología indigenista en México y Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989, pp. 396-399.

³⁰ Cfr. José Alcina Franch, *ob. cit.*, en la nota "3", pp. 59-60.

³¹ Las obras de Humboldt que incluyen más referencias a Clavijero, Márquez y otros jesuitas mexicanos son *Vue des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de l'Amérique* (París, 1810) y *Essai politique de la Nouvelle Espagne* (París, 1811). A este propósito véase Batllori M., *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles. Hispanoamericanos. Filipinos* (1767-1814), Madrid, Gredos, 1966, pp. 204-205.

³² Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del siglo XVIII*, México, UNAM, 1941, p. XIII.

³³ Silvia Vargas Alquiricia, *La singularidad novohispánica en los jesuitas del siglo XVIII*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1989.

³⁴ Intervenciones políticas en contra de España están documentadas sólo en los ca-

Archivo Provincial Toledano de la Compañía de Jesús (Alcalá de Henares); signatura: M-185. La publicación de la obra se realizó después de más de un siglo en los *Anales del Museo Nacional de México*, 1891, t. IV, en versión bilingüe, italiana y española.

³⁷ Cfr. Andrés Cavo, *Los tres siglos de México durante el gobierno español*, México, 1836, p. 4; P.J. Márquez, *Saggio dell'astronomia, Cronologia e Mitologia degli Antichi Messicani*, Roma, 1804, p. 2. Alexander von Humboldt habla de los antiguos códices mexicanos y cita los estudios de Fábrega en su obra de 1810, en *Vue des Cordillères et Monuments des Peuples indigènes de l'Amérique*, París, p. 127.

³⁸ Lino José Fábrega, *Esposizione del codice Borgiano*, Manuscrito, f. 131.

³⁹ *Ibid.*, f. 6v. y f. 7.

⁴⁰ Cfr. Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles. Hispanoamericanos. Filipinos. 1767-1814*, Madrid, Gredos, 1966, pp. 635-636.

⁴¹ Todos los escritos de Agustín Castro aparecen en De Backer A. y Sommervogel C., *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus. Bibliographie*, Bruxelles, 1891, t. II,

pp. 858-859. La primera obra mencionada en este trabajo es *Disertación sobre el modo de sacar la Sal, y del Antiguo comercio, que de ella hacían los Yucatanos, y la segunda es Millenses reliquiae in Zapotecis: sive descriptio rudium, arcis regiae, templi, cryptaeque mirabilis, quae in Milla non procul ab Anticaria Oaxacensis cum stupore visuntur*.

⁴² La información se encuentra en la biografía de Agustín Castro escrita por Juan Luis Maneiro, otro de los jesuitas mexicanos exiliados en Italia. Cfr. Juan Luis Maneiro, *De Vitis aliquot mexicanorum*, Bologna, 1791, t. III, p. 154.

⁴³ Gian Rinaldo Carli, *Delle lettere americane. Selezione, studio introduttivo e note di Aldo Albonico*, Roma, Bulzoni, 1988, pp. 79-80.

⁴⁴ P.J. Márquez, traductor de Antonio León y Gama, *Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli Antichi Messicani*, Roma, Presso il Salomoni, 1804, p. XI.

⁴⁵ Sobre este tema, véase Teófilo Egidio-Isidoro Pinedo, *Las causas "gravísimas" y secretos de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1994.

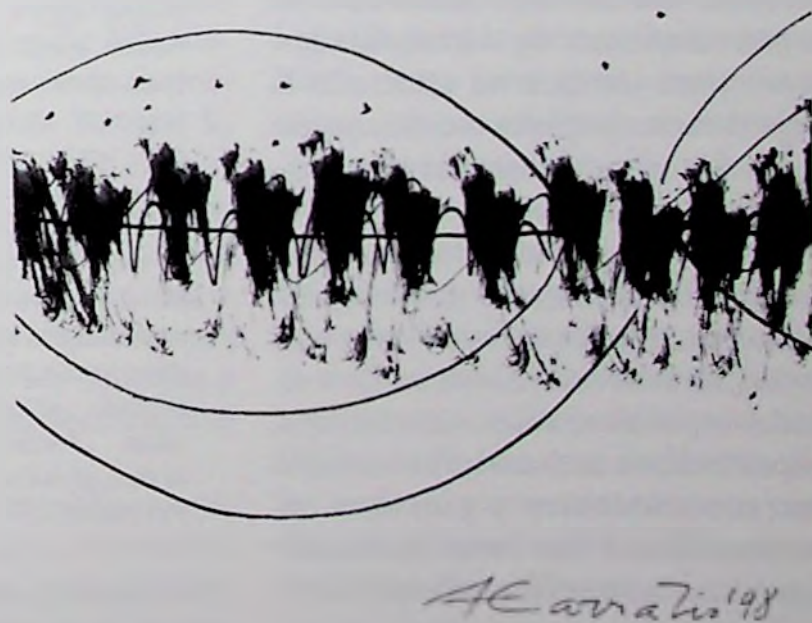
⁴⁶ Para los datos biográficos y bibliográficos sobre Márquez se hace aquí referencia a los siguientes autores: Justino Fernández, "Introducción", en P.J. Márquez, *Sobre lo bello en general y dos monumentos de arquitectura mexicana. Tajín e Xochicalco*, México, Instituto de Investigación Estética, UNAM, 1972, pp. 1-53; José Gutiérrez Casillas, *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, México, Editorial Porrúa, 1972, p. 359.

⁴⁷ Una apreciación muy positiva se encuentra en Leopoldo Cicognara, *Catalogo ragionato dei libri d'arte e d'antichità posseduti dal Conte Cicognara*, Pisa, Presso Niccolò Capuno, 1821, número de catálogo 557.

⁴⁸ Sobre este aspecto véase Juana Gutiérrez Haces, "Los antiguos mexicanos, Vitruvio y el padre Márquez", en *Historia, Leyendas y Mitos de México: su expresión en el arte. XI Coloquio Internacional de Historia del Arte*, México, UNAM, 1988, pp. 177-200.

⁴⁹ La obra *Illustrazioni della Villa di Mecenate* fue presentada en una sesión de la Accademia Romana di Archeologia en Febrero de 1811 y se publicó en Roma en 1812. En las actas de las sesiones de dicha academia se lee que los estudios de Márquez habían sido promocionados por Azara, y que, en ellos, el autor había confirmado la atribución de la Villa a Mece-

- nas (posteriormente aquellos restos resultaron pertenecer al santuario de Ille-racle Invicto).
- ⁵⁰ Al tema de la relación de Márquez con el neoclasicismo, la autora del presente trabajo ha dedicado otro artículo: Antonella Romani, "Il gesuita Pedro José Márquez (1741-1820) e l'immagine del Messico antico nella sua opera sull'architettura precolombiana (1804)", en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Roma, en prensa (1998).
- ⁵¹ El nombramiento de Márquez está documentado en el Libro de Juntas Particulares (de 1795 a 1802) del Archivo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; Signatura 3/125, f. 83v.
- ⁵² La primera y la segunda edición del ensayo, que se publicaron respectivamente tanto en español y en italiano, son los que se detallan a continuación: P.J. Márquez, *Sobre lo bello en general. Discurso de Don Pedro Márquez, presbítero, 1801*, Oficina del Diario, 1801; P.J. Márquez, *Esercitazioni architettoniche sopra gli spettacoli degli antichi, con appendice sul bello in generale*, Roma, Presso il Salomoni, 1808.
- ⁵³ P.J. Márquez, *Esercitazioni architettoniche sopra gli spettacoli degli antichi, con appendice sul bello in generale*, Roma, Presso il Salomoni, 1808, pp. 144-146.
- ⁵⁴ *Ibid.*, p. 135.
- ⁵⁵ Ramón Gutiérrez y Cristina Esteras, *Arquitectura y fortificación. De la Ilustración a la Independencia americana*, Madrid, Tüero, 1993.
- ⁵⁶ Biblioteca Nacional de Madrid: Manuscritos núm. 2456-2459. Las citas del presente artículo se encuentran en el tomo I: Manuscrito 2456, f. 126v.
- ⁵⁷ Cfr. la dedicatoria de P.J. Márquez, *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana*, Roma, Presso il Salomoni, 1804, pp. I-IV.
- ⁵⁸ Del descubrimiento de la pirámide de El Tajín se hablaba en el artículo publicado en la *Gaceta de México* del 12 de julio de 1785, con el título de "Papantla". La noticia de Xochicalco apareció en el escrito de José Antonio Alzate y Ramírez, titulado "Descripción de Xochicalco" y publicado en la *Gaceta de Literatura de México* (1792, núm. 3).
- ⁵⁹ K. G. Hirth y A.C. Guillén, *Tiempo y Asentamiento en Xochicalco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- ⁶⁰ P.J. Márquez, *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana*, Roma, Presso il Salomoni, 1804, pp. 3-4.
- ⁶¹ P.J. Márquez, traductor de Antonio León y Gama, *Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli Antichi Messicani*, Roma, Presso il Salomoni, nota 1 de p. 17; P.J. Márquez, "Observaciones del Padre Márquez acerca del Calendario del Códice Mexicano del Cardenal Borgia", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 1912, t. II, pp. CLXV-CLXXIII.
- ⁶² P.J. Márquez, *Due Antichi Monumenti di Architettura Messicana*, Roma, Presso il Salomoni, 1804, pp. 10-11.
- ⁶³ El título original completo de la obra de León y Gama era: *Descripción histórica y cronológica de las dos misteriosas piedras que el año 1790 con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de Méjico, se hallaron en ella. Explicase el sistema de los calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo, y la corrección que hacían de él para igualar el año civil de que usaban con el año solar trópico*.
- ⁶⁴ P.J. Márquez, traductor de Antonio y León y Gama, *Saggio dell'Astronomia, Cronologia e Mitologia degli Antichi Messicani*, Roma, Presso il Salomoni, 1804, p. 6.
- ⁶⁵ *Ibidem*, nota 1, p. 71. Parecida a la posición de León y Gama fue la de Francisco Clavijero que se refiere a los sacrificios humanos como a unos errores deplorables debidos a una falsa religión: cfr. Francisco Javier Clavijero, *Storia Antica del Messico*, Cesena, 1780-1781, t. IV, p. 245.
- ⁶⁶ *Ibidem*, pp. 17, 171, 177-178. En la nota 2 de la página 2 Márquez hace referencia a un pasaje de Boturini mencionado por Clavijero, donde se mantenía la misma idea de la dispersión de la humanidad después del diluvio y la idea de la antigüedad de los pueblos amerindianos.
- ⁶⁷ Jean Sylvain Bailly, *Histoire de l'Astronomie Ancienne*, París, 1775, p. I. Es muy probable que Márquez conociera la obra de Bailly, que en aquellos años había sido traducida al italiano por Francesco Milizia, el mencionado historiador y crítico de arte perteneciente a los mismos círculos culturales del jesuita mexicano. Cfr. Francesco Milizia, *La Storia dell'Astronomia di M. Bailly ridotta in compendio dal signor Francesco Milizia*, Bassano, Remondini, 1791.
- ⁶⁸ *Ibid.*, pp. 3 y 271.
- ⁶⁹ Justino Fernández, "Introducción", en P.J. Márquez, *Sobre lo bello en general y dos monumentos de arquitectura mexicana. Tajín y Xochicalco*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972, p. 19. La tercera obra americanista de Márquez no se menciona en A. Backer y C. Sommervogel, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus. Bibliographie*, Bruxelles, 1960. El título de la edición española del escrito de Márquez era *Observaciones del Padre Márquez acerca del Calendario del Códice Mexicano del Cardenal Borgia* y se publicó en el tomo III de los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* (1912), México.
- ⁷⁰ Cfr. nota "36" del presente artículo.



- ⁷¹ Salvador Toscano, *Arte precolombino de México y de la América Central*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1970, pp. 146-147.